**ב Tras la palabra**

# Por: \*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

## Nadie

*Últimamente recuerdo demasiadas cosas* **-R. Fresán**

Últimamente estamos tan, tan cansados.

Uno nota que empieza a envejecer en detalles pequeños. Puede ser sentir celos: envidiar la vida joven, la vida del futuro. Ver incumplidas las promesas: aquellas de libertad, triunfos y la visión de lo insólito. Contemplar solo pérdidas: perder todo; perder para siempre y volver a imaginar: a repensar la existencia. Las promesas de la ciencia han cambiado, comprometiéndola; resucitaron como profecías aquellas relatadas por Verne, Orwell y Huxley: la ciencia como amenaza, herramienta de un mundo obstinado en cumplir aquella vieja regla teatral (quizá por no ser menos real): *si se saca un arma, se está obligado a usarla.* Los dioses siguen su curso, también; la ciencia fue vituperada; la religión y el mito, revalorados; la fe vive y gana fuerza, que da y arrebata. Pero no hay romance sin tragedia, como decía Fresán: la única historia de amor interesante parece ser la historia de amor muerto; la que empieza por el final, jamás por en medio o por el principio. Y es que si a algunos simplemente les complace ver castillos derrumbarse (como la casa de Usher), a otros lo que nos llama de los viejos cuentos, como a niños y ratas, es la promesa del advenimiento de un destino; un destino que, llegados los plazos a término, solo se recorre, siempre inaccesible; ubicado en un *más allá* inalcanzable, como la puerta al otro lado de un desierto o un mar, por la que penetraríamos en las *espléndidas ciudades;* un destino que, como el Boigen de *Peer Gynt*, no se deja alcanzar pero nos persigue, siempre a la misma distancia, mientras se ríe de nuestros desafíos y nos recomienda: *sí, fíate de los puños, fíate del cuerpo, así llegarás a la cumbre.* Hay gente que cree tener un destino. Algunos creen incluso haberlo cumplido ya, sean niños o viejos; viejos que, como decía Roque Dalton son como niños cagones: *los viejos son niños cagones viejos.* Roque Dalton prometió no llegar a viejo (y lo cumplió); nosotros ya somos viejos.

Somos viejos y el futuro se nos escapa; así que nos encontramos volviendo constantemente sobre nuestros pasos: hacia el pasado, cada vez más atrás: la búsqueda de respuestas ahora en los propios orígenes. La búsqueda de explicaciones: *Dear Sr. I've a complain but can't remember what it is;* como aquel anillo del mismo Peer Gynt, que nos quema, pero no logramos recordar quién nos lo puso y lo buscamos; buscamos pero solo encontramos viejas cartas ilegibles: papiros conservados en vasijas que, al abrirse, en el mismo instante se convierten en polvo. Hay siempre un límite: un horizonte de interpretación. Hay siempre, cada vez, cosas que se nos escapan: *qliphoth*, cáscaras y demonios; excedentes de este mundo que es cuanto conocemos o pretendemos conocer. Hay cosas que no podemos saber; hay cosas que no podemos hacer. Pero otras sí y se las puede intentar: *Da la vuelta, decía Boigen; pues no: esta vez iré derecho.* Si se vive, se envejece sin remedio: *la vejez es esa enfermedad que solo empeora y de la que uno no se va a recuperar*; o como dijo Patrico Manss: *el cuerpo es un combate que se pierde*. El tiempo se va como agua: el tiempo vale como agua; *es caro pagar el nacimiento con la propia vida,* pero así es*.* Valdría la pena vivir, así fuera solo lo suficiente para descubrir que se cometió un grave error: que caímos demasiado fácil; que no era tan simple: nada lo es; que era por ignorancia que vivíamos satisfechos. Inténtese vivir sin asidero alguno, como enfermos terminales acostumbrados, más que la mayoría, a la posibilidad de un shock y de una muerta súbita. La primera fe por suspender, la fundacional, es la fe en uno mismo: todos nos podemos y solemos equivocar; San Agustín dijo que, aun si erraba en todo, podría estar seguro de su existencia pues equivocarse implica existir: *fallor ergo sum;* pero esto también era un error gramatical, en palabras de Russell, pues para la lógica matemática moderna *existir* no es una propiedad. Si en lo que nos iba la vida y la vida misma fuera todo un error, preferiría saberlo. Hay una cosa que es segura: vamos a morir. Al final del día las certezas del mundo son, con algún sentido del humor, como pequeñas bromas escatológicas. Y la inquietud de morir se inscribe en el hecho efectivo de vivir; decía Chaplin que hay solo una cosa inevitable como la muerte: la vida. Vivir es la única garantía plausible de poder hacer algo: de aprender, de cambiar. A mí no me impresiona ya tanto que la ciencia pueda curar, con altos costos; a mí me impresiona la posibilidad de que exista gente buena: de que sea correcto vivir bajo el supuesto de una existencia así. Porque: *boy, you're gonna carry that weight*, el tiempo se termina y la pregunta sigue sin resolverse: si es que puede *vivirse bien.* Si es que puede vivirse, auténticamente, dignamente.

Vamos hacia atrás, en busca de respuestas. Ahora trataremos de ser lo que tengamos que ser, para llegar al origen que es nuestra meta. Seremos academia y seremos historia; seremos magia y seremos poesía; seremos ciencia, religión y filosofía. Allá vamos.

*Y no te pongas bravo, poeta; porque aún quiero saber.* **-R. Dalton**

*La película de mi vida empieza mal. La película de mi vida termina peor.* **-R. Fresán**

-o-

#### Los neutrales

Tanto para cristianos y judíos buscando sentido en sus raíces, para sus críticos más feroces, como para cualquiera que pretenda hablar de tradiciones judeo-cristianas (en sentido estricto), los llamados *Rollos del Mar Muerto* son ya un tema ineludible: no se puede hablar de cristianismo antiguo ni de historia del judaísmo a principios de nuestra era, sin mencionar los rollos de papiro que fueron encontrados en cuevas a orillas del Mar Muerto entre los años de 1947 y 1956. Escritores han hecho ya novelas abiertamente fantasiosas al respecto, con felices o desastrosos resultados, pero siempre entre los *best-sellers* del momento*.* Justamente, los rollos de Qumrán fueron, desde su descubrimiento, un fenómeno muy mediatizado; lo cual, desde un principio, plagó su existencia de leyendas y mitos cuya vertiente más problemática son los libros escandalosos, en el estilo estridente de *teorías de la conspiración,* moda persistente, en los que se sostiene (tropezadamente) la existencia de un complot en el Vaticano para ocultar los rollos al público; pues de saberse su contenido, se dice, la religión cristiana se vería irrevocablemente *falseada.* Los rollos como el escándalo no ya del siglo, sino del milenio.

Entre los estudiosos y a la vuelta del tiempo, esto se ha quedado en un mero ardid publicitario: en que gente se sirvió de la fantasía colectiva, de la ignorancia y de la desinformación, para vender libros, periódicos, conferencias y todo un sistema de productos altamente redituables pero de dudoso o nulo soporte académico (de entre los primeros responsables de este asunto, se mencionan los siguientes nombres: Robert Eisenman, como observador externo de los primeros hallazgos; seguido de Michael Baignet y Richard Leigh, como periodistas; un caso actual podría ser el documental *Zeitgeist*, de Peter Joseph, duramente castigado por académicos). Como suele suceder con las teorías de la conspiración, aquellas sobre los rollos han resultado ser falsas: todo el material encontrado se encuentra a disposición de expertos para su análisis y preservación (mediante trámites que debieran ser famosos, más bien, por sus altos costos de adquisición bajo la duras dinámicas del mercado negro) y se han elaborado traducciones completas al inglés de su contenido, en numerosos libros de ensayo especializado. Aun así, muchos escépticos podrían insistir: ¿por qué no publicar, sin más, el contenido de los rollos en forma abierta y dejar al público enfrentarse a ellos? ¿por qué no circulan fotos de los rollos? La respuesta a ambas preguntas es ridículamente simple (y esto puede sonar a broma pesada): ya se hizo, pero no ha sido tan fácil darnos cuenta de ello. Lo que había ya se dió a conocer y en el caso de los fragmentos polémicos, los talesrollossencillamente no existen.

En Qumrán se encuentra un sistema de cuevas, en las que se encontraron numerosos papiros antiguos. En la llamada *Cueva 4* (se manejan 7, en total), por ejemplo, se encontraron 547 rollos y fragmentos todos ya identificados y catalogados (con el número de la cueva, seguido de una *Q* y el número de fragmento en cuestión); en otras cuevas no se encontraron más que pedazos corrompidos por la podredumbre y el tiempo. Sin embargo, se logró inferir un sistema de catalogación preexistente que, salvo minúsculas y notables excepciones, era básicamente el mismo en todas las cuevas. Su rango comprende: textos bíblicos (identificados gracias a la Septuaginta o *LXX*: primera traducción de la Biblia hebrea en griego; su nombre se debe a la tradición de que 70 rabinos se dedicaron a redactarla); textos pseudoepigráficos (atribuidos a personajes inciertos; *v.gr.* en la Cueva I se encontraron fragmetos de los siguientes pseudoepígráficos: *Libro de los jubileos, Libro de Noe, Apócrifo del Génesis, Testamento de Leví, Sentencias de Moises, Libro de los Gigantes-Enoch*), todos ellos por lo general fuera del canon actual; apócrifos (identificables con alguna versión histórica conocida); y finalmente textos inéditos, francamente nuevos para la comunidad académica, en el sentido de que no pudieron ser identificados como copias o versiones de otros textos conocidos. Fue, sin lugar a dudas, un descubrimiento arqueológico y filológico de época. Pero lo que se encontró en Qumrán en relación concreta con el cristianismo no son volúmenes y volúmenes de texto denso, escondidos dentro de un complejo de alta seguridad en algún lugar del Vaticano: no. La realidad, como suele suceder, es mucho más prosaica: los tales *"rollos"* cristianos más polémicos, son meros fragmentos de papiro encontrados, sí, en jarrones dentro de las cuevas, pero que debido al paso del tiempo están tan deteriorados que en los casos más afortunados constituyen una terna de renglones sueltos, de pocos centímetros de largo; fragmentos derruidos y con letras borrosas, semidestruidas u obliteradas; pues la tinta que se usó en Qumrán era susceptible tanto al agua como a ciertos hongos que se alimentaron de ella, por lo que literalmente *devoraron* los textos.

Como sea, este material requirió y aun requerirá de eruditos y fuertes equipos de trabajo para su dilucidación. Como para todo, cuando se vuelve suficientemente complicado, dependemos de los expertos: siempre ha sido así. Muchos de estos documentos solo resultan inteligibles luego de un arduo estudio y las conclusiones obtenidas en su interpretación (desde su lectura misma) nunca han quedado libres de toda duda. Aun así, todo el material se encuentra disponible y sus reproducciones a la venta; incluso a través de vistosas versiones de lujo, en ediciones facsímiles acompañadas de réplicas (émulos en plástico) de las vasijas originales; todo los papiros han sido fotografiados extensamente, aunque un estudio profundo requiere de los originales y una tecnología mucho más sofisticada que simples fotografías (aun si de alta definición). Para una mente inquieta y susceptible, ver toda esta parafernalia puede ser muy excitante; pero difícilmente entenderá algo a menos que recurra a las opiniones de los mejor calificados, o tenga él mismo un extenso conocimiento en papirología, hebreo antiguo, arameo, formas del griego y latín para la región y la época y un conocimiento histórico profunda sobre la redacción de la Biblia y otros textos centrales de la tradición judía.

La mala noticia es, pues, que esas leyendas fascinantes eran solo eso: manipulaciones de la información elaboradas por diversos sectores para diversos fines personales. La buena es que Qumrán es, más bien, un hallazgo académico sumamente interesante, que podemos abordar con plena libertad y del cual podemos aprender muchísimo. La discusión sobre los aportes específicos de los rollos del Mar Muerto, para comprender mejor quiénes fueron los esenios y qué relación podían haber guardado con el estado general de la religión judía en estos tiempos próximos a la destrucción del segundo templo (70 d.C.), es un tema que excede por mucho lo que se puede tratar aquí y para ello puede acudirse directamente a la bibliografía. Las conclusiones que ahora quisiera destacar son las siguientes:

1. *Jesús, quien fuese, no fue esenio ni su último líder.* No es permisible empatarlo, ni a sus doce apóstoles, con el *"Maestro de sabiduría"* esenio y su séquito. La última cena, en la que todos eran iguales y con la novedad de interpretación del *Corpus Cristi*, no se asemeja a la tremendamente jerárquica cena común esenia aunque ambos bendijeran pan y bebida; si bien la segunda pudo ser una referencia para la primera. El bautizo cristiano (más bien heredero directo del de Juan), único y trascendente, no se parece en nada a las constantes abluciones en agua fría de los esenios. Jesús tal vez fuera célibe toda su vida; pero como bien apunta Thiede: *"definitivamente no era misógino"*.
2. *Jesús no fue la culminación de la tradición mesiánica esenia*. Ambas esperaban al siguiente descendiente de David, incluso tal vez en forma sufriente (apelando a Isaías 25:6-12) y al mesías de Aarón, que enseñaría *"la rectitud al final de los días"*; efectivamente, el fragmento Hechos 15:16-17, que es a su vez una referencia a Amós 9:11-12, nos habla de la tienda caída de David que será reedificada (la de la forma del tabernáculo) en forma casi idéntica a como lo hace el rollo 4 Q174:10-12; pero esto no hace del evangelio un plagio, sino del rollo una influencia. Además, el fragmento esenio habla de la salvación de Israel y el de Santiago llama a todas las naciones; en una dimensión social, la idea genial y *original* del cristianismo respecto a su herencia judía, es la pretensión de ser un mensaje para toda la humanidad: el aspirar a convertirse en ideología universal, lo que conllevaría las ideas de misión y evangelización de los gentiles. Algo que más de 2000 años después aún hará las delicias de los sermones protestantes, que volverán a repetir el Apocalipsis de Juan como tópico favorito; así como su descripción del paraíso con la forma del tabernáculo, en su continua labor de captación de feligreses.
3. *El cristianismo no es un plagio de los esenios, por donde se lo vea; pero de igual forma, existen fragmentos de lo que después sería el nuevo testamento en Qumrán.* El movimiento inicial de Jesús, quien fuere, no pretendía separarse del judaísmo sino darle un cauce; fue partícipe de la situación judía: se encontraba inmerso en ella, de ella surgió y con ella interactuó. Los fragmentos 7Q 4 y 7Q 5, de la Cueva 7, han sido identificados con 1 Timoteo 3:16-4:1 y Marcos 6:52-53 luego de un arduo trabajo y de una larga polémica, generada por la oposición de grupos extremistas cristianos; los cuales se niegan aceptar que el Nuevo Testamento y la Biblia toda tengan una historia: que tengan versiones e influencias reconocibles; que sean textos móviles a través del tiempo y no la palabra literal, escrita de una vez y para siempre, de Dios.

El análisis con la técnica del 14C (Carbono-14) de los rollos supuestamente identificados como *"información codificada"* (mensajes encriptados, solo para *"iniciados"*), sobre las enseñanzas de Santiago y Pablo, arrojó que estos en realidad debieron ser escritos durante siglo I a.C.: no podían siquiera haber hablado de ellos; lo cual no hizo sino confirmar el datado logrado primeramente con paleografía tradicional, *i.e.* la comparación caligráfica con el mayor número posible de manuscritos pertenecientes a la época tentativa, para fechar un documento antiguo. En forma análoga, gracias a una técnica conocida como *análisis por activación de neutrones*, se puede saber en qué hornos de registro conocido y cronológicamente congruente, podrían haber sido fabricados los jarrones que contienen los papiros; lo cual permite postular teorías plausibles sobre rutas comerciales e intercambio de información entre diversas comunidades, durante la época de los textos a estudiar. Con los modernos microscopios electrónicos de barrido, se pueden muestrear los papiros para obtener diferencias de bajorrelieve del orden de 360 a 648 nanómetros (milmillonésimas de metro); gracias a lo cual se puede detectar cuando una letra fue deliberadamente raspada (lo que se conoce en el rubro como *palimpsesto*), diluida hasta borrarse o comida por los hongos antes mencionados. El uso de estas técnicas constituye un auténtico *crossover* de tecnologías desarrolladas para la biología y la criminalística, aplicadas a la papirología comparativa y al análisis filológico en general; la ciencia suele ser una ayuda determinante, un aliado natural, para la labor de investigación histórica, sea esta de carácter religioso o no. Pero ello siempre que el marco metodológico en que se suscriban los experimentos, no exceda un horizonte de interpretación permisible para un estudio histórico-crítico que debe, para el caso, mantenerse en el ámbito secular; pues, como hemos visto, las conclusiones mercenarias e ideologizadas suelen ser castigadas por la evidencia más rigurosa. Así que concluir gratuitamente de este tipo de estudios que Qumrán representa ya sea un prueba *científica e histórica* de la existencia de Jesús como destino de la humanidad, o por el otro lado del *gran plagio y engaño* que opera detrás del cristianismo y con ello *demostrar* o *refutar* la validez de su mensaje, es un completo abuso y un manejo tendencioso más de la información disponible. Es, nuevamente, panfleto y periodicazo en acción.

Qumrán no es, pues, un tesoro escondido por antiguos en el desierto para ser reencontrado por cristianos fundamentalistas o por ateos rabiosos. Es un documento, fragmentario y difícil pero sumamente rico, que arroja información sobre las comunidades esenias y en general sobre el estado de la religión judía en la diáspora, en los tiempos en que el cristianismo haría su aparición. Lo demás es territorio del símbolo, de lo literario y de lo estético donde, también, Qumrán puede ser territorio fértil. Más no de lo que más, en realidad; pues en la historia misma del judaísmo existirá otra ruta posible que, en oposición a los mitos sobre la ultraortodoxia esenia, tendrá como propio dogma la interpretación: la otra ortodoxia del no-fijismo literario; la convicción de que los libros sagrados son un texto vivo y móvil, lo que convertirá a la judía en la religión por excelencia, tal vez, de la interpretación. Pero para ello pasarán aún muchos siglos; en los que el cristianismo, entre tanto, se adueñará de occidente. Quisiéramos entender cómo fue que sucedió.

-o-

##### Los nuestros

El helenismo, laconquista de buena parte del Viejo Mundo por parte de Alejandro Magno, marcó definitivamente el rumbo de occidente. El neopositivismo más radical del siglo XX, manejó como hecho la interpretación histórica antirreligiosa (antimetafísica) de que el cristianismo, como detonador del llamado *oscurantismo* de la Edad Media, constituyó la muerte temporal de los valores griegos; ello quizá como un eco de la postura de Nietzsche (Carnap lo encomiaba), quien veía la virtud cristiana de *"fracaso"*, del mártir patético y doliente, como una sustitución lamentable del *areté* griego. Se manejó así que que el cristianismo (como la religión del imperio moderno) fue quizá la peor desgracia ocurrida a la humanidad y que la ciencia moderna, que veía como sus puntos de partida al Renacimiento y la Ilustración, nos había devuelto al buen camino de los griegos: de la filosofía y de las artes liberales; de la *paideia*; camino casi desvanecido por el cristianismo institucional, pero rescatado del olvido gracias a los árabes, cuyas invasiones de occidente (bajo el reinado jeque en Hispania de Al Andalous) debido a las cruzadas, nos devolvieron el valioso conocimiento perdido. Esta fue una interpretación histórica pujante, durante el tiempo de mayor auge tecnológico de la historia. Después vendrían los post-racionalistas, con su crítica social a la ciencia y su destrucción de la idea de *método científico*; ello nos llevó a elaborar análisis más cuidadosos: a establecer nuevos criterios de interpretación histórica, liberados (por así decirlo) de servilismo para con la ciencia. Bajo esta nueva situación, la tesis cambió: el cristianismo no sustituyó a fuego y sangre la cultura griega sino que de hecho se sirvió, para su cometido de universalidad y consolidación, del conocimiento griego y del estado del mundo por ellos fabricado; más aún: el mundo clásico en decadencia, de alguna manera necesitaba y acogió ese cambio; el cristianismo tradujo y moldeó el mundo clásico a sus términos, como un virus, para diseminarse y adueñarse de él. Y el hospedero lo permitió.

Las teorías de interpretación actuales ya no pueden sin más denostar el pensamiento religioso. La secularización del pensamiento y la libertad de acceso y crítica a la información, siguen siendo elementos indispensables para un conocimiento académico. Poder siempre dudar, como asentó Descartes, sigue siendo la primera garantía necesaria para poder construir conocimientos sólidos. Poder y deber conocer lo que se estudia, pero en toda su complejidad de sentidos y a profundidad, se ha sumado a la lista de requisitos para una valoración filosófica justa de cualquier cosa. La clave (*clavis*) de todo, la llave que abre las puertas de todos los caminos posibles, es el lenguaje (los lenguajes). Y en el caso concreto del cristianismo y cuyo mundo los científicos heredamos, la lengua (de nuestro lenguaje) es el griego. El griego como la lengua universal. El griego como la lengua que, dice Gadamer, fundó Europa como unidad: fundó occidente. El factor determinante de la gran *eclosión* de la humanidad; la lengua que posibilitó el quiebre del cascarón, la explosión cultural definitiva, de la cual aún es consecuencia nuestra actual identidad mundial como científicos, en constante cambio; ello aun como hombres americanos: como pueblo conquistado, por los detentores de *la palabra*, del *logos*. Nuestro problema es, pues, un problema lingüístico; Wittgenstein irá más allá: cualquier problema realmente filosófico, no es sino un problema del lenguaje; toda la filosofía, no es más que un uso *incorrecto* del lenguaje: un uso *sin sentido* (definido esto en un sentido muy preciso) del lenguaje. El lenguaje llegará a ser nuestro auténtico protagonista y su lectura nuestro asunto; pero por ahora volvamos a la historia.

Nos ubicamos ahora, intermitentemente, en los primeros tres siglos después de Cristo. Desde hace el doble de tiempo aproximadamente, el mundo occidental había sufrido ya un cambio definitivo en su historia: la llamada helenización, *i.e.* las exitosas campañas militares y la brillante política exterior de Alejandro Magno, gracias a las cuales la cultura griega imperaba en el mundo conocido hasta entonces (incluso por los judíos, como Jesús): Europa, África, Asia menor y parte de la India habían quedado en manos de los griegos; *el mundo* (que heredaríamos) hablaba griego. Y ese era justamente el significado original del término *hellenismos:* sustantivo derivado del verbo *hellenizo* o *"hablar griego";* significaba el uso gramaticalmente correcto de la lengua griega. El uso del vocablo parece datarse a los peripatéticos, en sus tratados de retórica: era la primera de las virtudes *(aretai)* de la dicción; solo después de los primeros tres siglos antes de Cristo, significaría la adopción de la lengua y forma de vida griegas por parte de los pueblos conquistados, por Alejandro, fuera de la hélade (*Denles una educación griega*, fue el lema de Alejandro). Para los padres apostólicos de la iglesia cristiana, *hellenismos* llegaría a significar no solo cultura griega sino, especialmente, el culto a los dioses paganos griegos; este último *helenismo* habría de convertirse en enemigo jurado de la religión cristiana establecida; cuyos monjes (comandados por el obispo San Cirilo) quemarían la Biblioteca de Alejandría y desollarían viva a Hipatia, su directora, arrastrándola por las calles. Pero ello ocurriría aún un tanto después; antes, habría un tiempo en que el cristianismo comenzaría el camino que lo llevó a adquirir ese poder, justamente, sirviéndose del helenismo.

Las cartas (*epistolé*) de Santiago y la revelación (*apocalipsis*) de Juan dieron inicio a la empresa; Pablo, luego de su conversión por arrebato (la primera conocida) a la fe cristiana le daría seguimiento. Pablo viajó a Atenas y solía dar discursos en el ágora, dirigidos a los gentiles; estos no lo hubiesen escuchado si no hubiera hablado y escrito, no solo en griego, sino con dominio de la técnica (*techné*) retórica y bajo formas literarias griegas; utilizaría primeramente la carta y los hechos (*praxies*). Posteriormente nacería el sermón, híbrido de dos formas retóricas: la dialéctica y la diatriba; la dialéctica (*dialexis*) retórica es, muy a grosso modo, una debate entre dos proposiciones opuestas, *thesis* y *antithesis*, que deben llegar a un acuerdo o punto medio (*sinthesis*); la diatriba (*diatribe*) es unaconferencia escandalosa, agresiva y de gran impacto audiovisual y emotivo (*pathos*), efectiva con el vulgo. Desde los primeros padres de la iglesia hasta los modernos pastores estadounidenses (y el niño predicador), el sermón ha sido la forma por excelencia de evangelización: de contagiar en forma efectiva y punzante la fe cristiana. Pero tampoco fue un invento cristiano propiamente dicho: se retomó de las prácticas comunes a los últimos movimientos filosóficos griegos que, salvo el escepticismo, representaban lo más *patético* (fase emotiva) de este periodo de decadencia clásica: el estoicismo, el epicureísmo y el cinismo.

El tema de los vínculos formales entre el cristianismo primitivo y el estoicismo, no suele presentar mayores problemas; ello gracias al puente que representa el *pneuma* estoico (lat. *spiritus*: soplo; aire que permea el cosmos y a cuya voluntad estamos todos irremediablemente sujetos), al aparecer abiertamente en los tratados sobre el sistema nervioso de San Agustín y que ya había sido empatado con el *logos,* también un tanto heraclíteo, de Juan; Orígenes recurría constantemente a los estoicos en sus interpretaciones filosóficas del evangelio (Justino, por otro lado, empataba a Sócrates con Jesús: el primero como prototipo, *typos*, del segundo). Mucho más difícil ha sido la tarea de los que han intentado, más allá del símil retórico ya mencionado, establecer un posible vínculo entre Jesús mismo y cierta comunidad de cínicos supuestamente asentada en territorio palestino; los cuales habrían sido seguidores de las antiguas enseñanzas de Diógenes de Sinope (400 - 300 a.C.): el *cínico,* el "*perro"*, que vivía entre el drenaje de las calles de Atenas, por las que mendigaba y fornicaba. Se dice que Diógenes defecó en el teatro (*theatron*), se masturbó en la plaza (*agora*) y respondía a las preguntas con franqueza y humor; que andaba con una lámpara de aceite encendida en pleno día, a la búsqueda de un ser humano *auténtico*: un hombre honesto, de palabra veraz (de *parresia*); se dice también que acudió a la Academia de Platón con una gallina, la lanzó y dijo: *"¡Ahí tienen un hombre!"*; al parecer, se ganó incluso el respeto de Alejandro Magno (el brillante alumno de Aristóteles) quien luego de conocerlo sentenció: *"Si no fuera Alejandro, me gustaría ser Diógenes"*. Todo ello debe situarse en el contexto de la filosofía griega tardía, que se entendía ya mucho más como una práctica (*phrônesis* aristoteliana) que como una contemplación (*theoria*). La de Diógenes era una vida de crítica radical a la civilización y a la cultura clásicas: un asentamiento contra la superabundancia, la aristocracia y la vida guerrera y heroica, *i.e.* contra el *areté*, la *filosofía* y la *paideia* mismos; abogando mejor por una vida más inocente: acorde con la naturaleza, lo que representa un punto de coincidencia central con la crítica posmoderna hacia la vida en las grandes ciudades. Así, Diógenes predicó, al igual que Jesús, que una vida de pobreza y sin ambiciones es el camino efectivo hacia la felicidad; que una vida feliz, solo es posible bajo la marca de la suficiencia; como instruía el rey de Dovre, la ciudad de los duendes, a Peer Gynt: *Se dice entre los hombres: hombre, sé tú mismo. Entre los duendes se dice: duende, ¡bástate a ti mismo!* La conclusión de que solo se puede ser feliz bajo una visión deliberadamente parcial (tuerta) del mundo; la felicidad peleada con la sabiduría, como decía Satanás, el *forastero misterioso* de Mark Twain: la felicidad y la cordura son incompatibles. Visto así, la idea de una similitud cinismo-cristianismo puede ser muy sugerente. Pero un análisis histórico revelará que no es así: no hay tal nexo. Ibsen no se equivocaba: la parte de *sé tú mismo* como sello de humanidad occidental moderna, del hombre industrial, que se lanza a la conquista y al dominio de la naturaleza como afirmación de sí mismo, es la ruta occidental y cristiana por excelencia. Y lejos de rechazarlo, proviene del *areté*.

Existía desde tiempos antiguos ya, para la época, un modelo de educación para ciudadanos griegos en total plenitud. La *paideia*, término complejo (sobre todo para los que lo aprendimos de Jaeger) constitiuye este fenómeno múltiple, por el cual la sociedad griega pretendía autoconformarse, preservarse y expandirse. La educación ideal para los griegos, como para nosotros, encontraba su culminación satisfactoria en la producción de individuos capaces de participar activa y decisivamente entre los suyos, en el estado que los conformó, para defenderlo y mejorarlo; un ejercicio que idealmente incluiría un servicio militar y sobre todo, político. La paideia era la fórmula con la cual Grecia había devenido *Magna Grecia* y la helenización, la conversión del resto del mundo a su propia forma, era su culminación natural: su cristalización. La palabra *enciclopedia (enkylos-paideia)*, que nombró al proyecto cúspide de la ilustración francesa, retomó el término.

Había en la paideia dos fases destacadas. La primera, la elemental, era la enseñanza de las llamadas *artes liberales*; lo que tardíamente, como producto de la Edad Media, conoceríamos en latín como *Trivium* y *Quadrivium:* el primero constituido por la gramática, la retórica y la lógica; el segundo por la geometría, la aritmética, la astronomía y la música. Dicha enseñanza solía acompañarse (aunque Platón llegaría a tener reservas al respecto) con la lectura temprana de los grandes poemas de Homero: la *Ilíada* y la *Odisea;* en ellos, al igual que los judíos al leer la Torah, se adquiría un sentido de pertenencia a la comunidad: el mito (*mythos*) homérico constituía el soporte primero de lo que significaba *ser griego;* en ellos se aprendía el núcleo de la *virtud* griega: el *areté*, entendido como una postura activa ante el mundo y cuyo significado más profundo tal vez solo se nos revelaría hasta comprender la llamada *alegoría de la cueva,* que se encuentra en el diálogo platónico de *La República*. Para pronto, el *areté* es el arrojo, el coraje, la fuerza y la tenacidad de Ulises (*Odiseo*), el héroe homérico: el conquistador, que aun estando a merced de los dioses puede volver a ganarse su agrado y su favor, para surcar las más duras pruebas. La enseñanza de las artes de combate, los deportes y el culto al cuerpo desnudo en el gimnasio (*gymnos*), acompañaban todo este proceso de formación. La fase siguiente y definitiva era el aprendizaje de la filosofía; Platón decía que las artes liberales constituían una *propaideia*, pero la auténtica *paideia*, la auténtica enseñanza, solo podía comenzar cuando el alumno adquiría la madurez suficiente para abordar los problemas filosóficos; cuando era posible salir de la esfera del *mythos* y entrar en la del *logos*: la de la palabra hacedora de *ideas*; la que conduce a la *esfera ideal*, donde existen las cosas en su forma completa y perfecta; el poder pensar una existencia de pensamiento puro, más allá incluso de la matemática.

Esto sería, para lo que nos concierne, un esbozo funcional de la paideia clásica. Culminaba con el aprendizaje alrededor del *logos*: la palabra hacedora de razón (*nous*). Lo que los apologistas alejandrinos, de los llamados primeros *padres* de la iglesia, consiguieron en un despliegue asombroso de erudición, fue identificar convincentemente a Jesús como el *logos* encarnado; judíos ilustrados como Justino y los alejandrinos Clemente y Orígenes (seguidos históricamente por San Agustín y Santo Tomás Aquino), concluyeron que el cristianismo era la nueva y definitiva paideia y redujeron la filosofía de los griegos a ser solo *otra* propaideia más; la historia judía era ya solo la de un pueblo que dió prueba de su fortaleza en la fe, en un voto de confianza (*pistis*), pero cuyo tiempo había acabado: Jesús, *logos* encarnado, había develado y esclarecido lo que antes solo fue *mythos*; Jesús era así la conclusión brillante tanto de la religión hebrea como de la filosofía gentil: Jesús era el objetivo hacia el cual había avanzado la humanidad entera. Tal fue el logro de los padres cristianos: posicionarse dignamente en la esfera más sofisticada del pensamiento empoderado de su tiempo, hasta adueñarse de él; un logro intelectual que, visto así, no deja de causar conmoción y admiración. Pero: ¿ocurrió realmente así? ¿fue esto todo? La cultura griega se consideraba a sí misma no solo portadora de la única verdad, sino única humanidad; era el *non plus ultra* del antropocentrismo: no tendrían por qué necesitar considerar a nadie del exterior, no se diga ya deponer a las armas a sus pies, por convincente que éste fuera. ¿Cómo es posible que la cultura más orgullosa del mundo se rindiera ante extranjeros, de creencias más bien infames? Pues porque esos griegos en los que pensamos, los ciudadanos con paideia y filósofos, no eran ni como mucho la mayoría; como comentara Pablo, tras su viaje a Atenas: los griegos eran más bien un pueblo sumamente religioso y supersticioso.

La filosofía griega, usando la expresión de Jaeger, ya había culminado en un *"escepticismo heroico",* que negaba la posibilidad de hacer cualquier afirmación no solo metafísica, sino incluso de orden natural y matemático. Los filósofos griegos habían llegado al punto (verdaderamente encomiable) de poner en duda aquello que, desde Aristóteles, constituía su propia humanidad, lo que los separaba de las bestias (y los extranjeros): la razón; el escepticismo asesinó a los sistemas filosóficos culminantes (Platón y Aristóteles), que no podían verse ya sino como dogmáticos y dejó la propia identidad griega en suspenso; aunado al clima de desasosiego por su nueva situación de pueblo sometido ante los romanos, habían aparecido también las nuevas filosofías prácticas y emotivas de la decadencia, que quizá no satisfacían pero consolaban; el escepticismo, en una de sus vertientes devendría posteriormente escepticismo *académico* (al entrar en la platónica Academia) y continuaría su lucha personal contra la *Stoa* (los estoicos: *"los que se reunían en el pórtico"*; tal como los peripatéticos eran los que pensaban y discutían *"caminando"*); sin embargo, ni la política ni la situación intelectual parecían mejorar en los siguientes siglos: la una reflejaba la otra; los griegos eran un pueblo derrotado. El cristianismo propiamente *inventado* por Pablo y los apologistas alejandrinos, encajó como guante en este panorama turbio; pues representaba tanto un resurgimiento (que se asumía como definitivo) de los antiguos ideales filosóficos, como un experiencia capaz de satisfacer los deseos más primarios: la sed de ritos catárticos, de fuego, humo, cantos, fábulas y demás efectos especiales; un espectáculo que le diera al público y copartícipe una accesible sensación de trascendencia: que los sacara de la sórdida vida cotidiana (del *diariamente*) y los hiciera sentirse, durante el lapso del rito, conectados con algo más grande que su propia deriva; conectados con el *kosmos*, partícipes de algo fundamental en un mundo para cuya nueva organización social ya no representaban nada, incluso como miembros de la antigua clase intelectual. *i.e.* El cristianismo se consolidó como una nueva religión propiamente dicha; como una práctica producto de las pulsiónes más primarias, ampliamente conocida tanto por los filósofos como por el hombre griego común de la época; que hasta entonces se desahogaba en ritos mistéricos como los de Mitra, Démeter y Orfeo, entre muchos otros. El cristianismo se erigió como una síntesis soñada por los gentiles: la mezcla de una filosofía plena y una religión mistérica. Y tal como hizo con la filosofía, se adueñó de diversos rituales, símbolos y calendarios festivos completos de los misterios más populares, simplemente sustituyendo (mediante algún artilugio retórico, en sus sermones) la deidad pagana correspondiente por Jesús; así, por ejemplo, como parte del Saturnalia celebrado dentro del mitraísmo, podemos reconstruir que algún incierto 25 de diciembre el *Sol Invictus* (solsticio de invierno, bajo el calendario juliano) devino la llamada *Navidad;* algo más puede rastrearse sobre esto:Mateo redactó el nacimiento virginal de Jesús a partir de la profecía de Isaías, para demostrara que Jesús era el mesías; pero ello se debe a que basó su lectura en la Septuaginta, que había traducido el hebreo *almah* (mujer jóven) como *parthenos* (doncella, vírgen). Pero el cristianismo hizo mucho más que solo esto. La sociedad griega, no lo olvidemos, era un sociedad elitista, racista, esclavista y misógina basada en la guerra; el ideal de sociedad aristoteliano, por ejemplo, podría haber encontrado su concreción histórica indirecta nada menos que en el nazismo (dicho lo cual, existe cierta hipótesis sobre el por qué de la adhesión de Heidegger al *Nationalsozialismus*, como posible consecuencia de su admiración hacia Aristóteles). El cristianismo, por el contrario, incluyó como interlocutor principal de su mensaje al esclavo, a la prostituta, al pobre y al desposeído; el cristianismo tenía desde sus inicios un fuerte componente revolucionario: un panfleto de cambio y justicia social, funcional a varios niveles, que sumó a su campaña de propagación y reclusión de adeptos.

Así es como podemos entender la construcción del cristianismo institucional, del que todos derivaron; así es que podemos comprender el inicio de la *corrección* y selección de los evangelios (que entre apócrifos se dice que suman decenas) y el avance hasta la conformación canónica de la Biblia cristiana, en el Concilio de Nicea convocado por Constantino en el 324 d.C. El moderno protestantismo fundamentalista norteamericano, con misiones en todo el mundo, tiene mucho en común con este segundo cristianismo ya nada primitivo: con el cristianismo como producto directo no ya del mensaje de Jesús, sino de Pablo y los apologistas. No es ya ningún misterio que, hasta la fecha, su principal público objetivo sea el *otro*: el no creyente y el más expuesto a la dureza de la vida; el que se encuentre lo más lejos que se pueda de algo como un paideia clásica: una formación integral filosófica, científica, artística y humanista. Ese cristianismo que, sirviéndose de los griegos, culminó por una de sus vertientes (la más en boga en la actualidad) en un rechazo diametral no solo de los valores helénicos, sino del conocimiento científico moderno. Un cristianismo ahora abiertamente en contra de aquello de cuyo seno se nutrió para crecer fuerte.

-o-

##### Los otros I

Lo siguiente es un vistazo a la historia de un libro: del libro de un pueblo. Será vertiginoso, pero no hay tiempo que perder; será quizá excesivo, pero es una línea llevada a término. La historia desembocará, esta vez, entre nosotros, solo porque somos los que ahora la contamos.

Mientras en Europa surgía la filosofía con Parménides, entre el Mar Mediterráneo y el río Jordan se ubicaba la provincia de Judea, hogar de la cultura hebrea. Así como Zeus reinaba en el Olimpo, *El ,* dios supremo de Canaán, reinaba con su consorte *Aserá* sobre un panteón extenso; uno de ellos, miembo de su corte, era el dios patrono de Judea: los del norte le llamaban *Elohim*, los del sur *Yahveh* (o *Jeová*); los hebreos del sur se llamaban a sí mismos el pueblo de *Israel*. Yahveh era un dios guerrero y en esto ayudaba sin problemas; una vez detuvo al sol en su carrera, para que el rey Josué ganara una batalla que se convirtó en auténtica masacre; pero Yahveh no era bueno para otros fines, así que para obtener buenas cosechas se acudía a *Baal*, dios solar de la agricultura y como forma de culto a él y a *Anat,* su hermana y esposa, se practicaban ritos sexuales propiciatorios. Yahvé, celoso, quería exclusividad de culto y se lo hizo saber al profeta Oseas; Oseas lo comunicó al pueblo y éste accedió; pero llegó entonces al trono el rey Ezequías, quien restauró el culto a Baal e introdujo el sacrificio de niños en los rituales. Aquellos eran los tiempos de las campañas militares asirias; Judea del norte se hizo su vasallo pero Israel era un pueblo guerrero y se les opuso; en el año 596 a.C., Nabucodonosor destruyó Jerusalén y redujo a cenizas el templo de Salomón, núcleo de la cultura hebrea; Israel fue aplastado y exiliado. Surgió entonces un libro, una compilación cultural que sirviera como referente de identidad al ahora pueblo errante: la *Torah, o "ley, enseñanza"* (en griego: *Pentatauco*, por ser cinco libros). La Torah comenzaba con el relato del *Génesis* y la caída del hombre, quizá como metáfora del exilio que ellos mismos estaban experimentando. En 539 a.C., Ciro, rey de Persia, derrota a los asirios y promete repatriar a Israel, como súbdito; el profeta ahora conocido como el Segundo Isaías, se regocija y decide llamar a Ciro *messiah* o *khristos* (Cristo), en griego: *"rey ungido"* de Yahvé. Se redactaron en la Torah las nuevas palabras de Yahvé: *"Yo soy Yahvé, no hay ningún otro. Fuera de mí ningún dios existe"* y nace así el monoteísmo judío. Se depuran, para que encajen con la nueva concepción, los libros: *Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, Jueces, Samuel, Reyes* y los *Salmos*. Así, casi se completó, aunque aún sin acabar de organizarse, lo que sería la *Biblia* (*"libros, pequeña biblioteca"*) hebrea. En Jerusalén, se reconstruyó un templo más modesto que el anterior.

De vuelta en su tierra, la *Golá* (judíos repatriados) inician una campaña de promoción de su producción cultural en el destierro. Esdras lee la Torah en la plaza frente a la Puerta del Agua en Jerusalén y su contenido es decretado ley. El profeta queda atrás: la autoridad religiosa queda en manos de los sacerdotes, que son los capaces de investigar (*li-drosh*) y explicar los textos. Nace así el *midrash*: la exégesis, la interpretación de la, ahora, *sagrada* escritura. Las interpretaciones se dan hacia el pasado como explicaciones de su presente y hacia el futuro en forma propiciatora; nacen las profecías, de entre las que destaca la del regreso del mesías: un rey en la línea de David, padre de Salomón, que llevara a Israel a una segunda era de esplendor. Con esto, inicia el judaísmo clásico que durará alrededor de cuatro siglos; cuando Roma alcance poder hegemónico y los judíos se rebelen nuevamente. Se destruirá el segundo templo; surgirá el cristianismo, que se escindirá y seguirá su camino; un camino que, primeramente, reinterpreta la Torah en su totalidad para que encaje como anuncio de la llegada de Jesús. Luego de traducciones heroicas como la *Hexapla* de Orígenes, quien aun murió martirizado (igual que Pablo), el cristianismo se convertiría en la religión oficial de Roma luego de la conversión del emperador Constantino; quien convocaría al Concilio de Nicea, por el que se conformaría la Biblia cristiana canónica. Posteriormente, San Jerónimo traduciría la Biblia al latín vulgar y su *Vulgata*, junto con la Septuaginta, se convertirán en la versión de la Biblia más leída por los cristianos durante siglos.

El templo ya no se reconstruye: el texto y el exilio se convierten en la identidad judía definitiva. En Usha, la Biblia hebrea finalmente se compila; nace así el *TaNaK*: *Torah*, *Neviim* (profetas) y *Kethuvim* (selección de textos independientes). Los rabinos reforman el *midrash* como *mishnah* ("aprender por repetición"); con esto, el comentario (*gemara*) del texto sagrado y la enseñanza oral se convierten en la base del nuevo judaísmo rabínico; el sentido de este viraje quizá se pueda resumir, primeramente, en el lema de Bavli: *"¿Qué es la Torah? es la interpretación de la Torah"*. Se redactan textos nuevos de y sobre estos comentarios; con lo que nace, a principios de siglo V en Jerusalén, el *Talmud* ("estudio"). Entre los siglos X y XI ocurren las cruzadas y la polarización política conlleva toda una serie de movimientos a favor de las lecturas literales de la Biblia y una ortodoxia extrema tanto entre cristianos como entre judíos; Maimónides será el representante más recordado de los segundos. Entre algunos sectores cristianos, dicho movimiento culminaría en el siglo XVI con Lutero, la Reforma protestante y su idea de *Sola Scriptura*: del texto como única autoridad, contra la mediación del clero entre el texto, Dios y los hombres. El catolicismo seguiría su curso; inventada la imprenta, la Biblia sería el primer libro propiamente *publicado* en la historia y comenzaría su traducción a todos los idiomas; vendrían el Renacimiento y la Ilustración, con sus intentos de conciliación entre la Biblia y la naciente *filosofía natural;* surgiría también el *deísmo* de John Locke, que consideraba al uso de la razón y la investigación de la naturaleza como la mejor y auténtica forma de alabanza a Dios, el *"Gran arquitecto"* del universo. Esta nueva consideración religiosa de la herencia analítica clásica, daría origen al proceso que culminaría en la ciencia moderna. El siglo XIX sería el parteaguas de este proceso, cuando el concepto de evolución se introdujo en todas sus aun incipientes ramas, reformándolas para siempre e impulsándolas hacia la secularización; la teoría de la evolución de Darwin, es casi el bloque fundacional de la biología como tal. Los protestantes calvinistas y los católicos jesuitas ya habían acogido la ciencia con entusiasmo; ellos circunscribían interpretaciones alegóricas de la Biblia, así que no encontraron problemas con la teoría de la evolución; pero otros grupos protestantes, como la recién fundada por Joseph Smith, *Iglesia de los Santos de los Últimos Días* que daría origen a los mormones, encontrarían incompatibles los caminos de la ciencia con sus lecturas radicalizadas de los textos sagrados. Así, Estados Unidos se transformaría en la cuna del protestantismo extremista, defensor de la literalidad bíblica, que ahora conocemos.

En 1886, el predicador Dwighty Moody funda el Instituto Bíblico, movido principalmente por el anhelo de refutar a Darwin. En 1871, el catedrático de teología de Princeton en New Jersey, Charles Hodge, publica su libro *Teología Sistemática:* un tratado inscrito en el antiguo empirismo baconiano, con el fin de encontrar justificaciones científicas de todo lo escrito, palabra por palabra, en la Biblia (que desde hace siglos, por supuesto, se leía en inglés); el seminario presbiteriano de Princeton se convierte en la sede del llamado *protestantismo científico*. En 1920, Williams Jennings Bryan (político demócrata) comienza un movimiento contra la enseñanza de la teoría de la evolución darwiniana en las escuelas públicas; Bryan sostenía que no era una casualidad que: *"la misma ciencia que fabricaba los gases venenosos para asfixiar a los soldados, esté predicando que el hombre tiene una ascendencia brutal y eliminando lo milagrosos y sobrenatural de la Biblia"*. Le siguieron en su iniciativa de ley los estados de Florida, Mississippi, Louisiana y Arkansas. En el pequeño pueblo de Dayton, Tenesse, el joven profesor John Scopes quebrantó un ley similar y fue llevado a juicio por Bryan; juicio que a la posteridad sería conocido como el famoso *Juicio de Scopes*, de *"la religión contra la ciencia"*. Bryan, en palabras de Karen Amstrong, fue *"un desastre en el estrado"*; Scopes ganó el juicio; los medios se volcaron momentáneamente contra los fundamentalistas, tachándolos de *"anacronismos desesperados";* como reacción, éstos se deslindarían políticamente de cualquier tipo de facción intelectual y de izquierda norteamericana, en un viraje radical hacia la extrema derecha. Por este camino surge el movimiento de *Reconstrucción* fundado por los texanos Gary North y John Rushdonny (yerno y suegro), que aun aboga por un nuevo mundo cristiano y limpio. Aseguran que el regreso de Jesús está muy cerca: quizá no más de una generación (aunque lo mismo decía Pablo) y que Dios establecerá un nuevo orden mundial cristiano, en que se hagan efectivas todas las 612 leyes de Moisés, acabando así con el descarrilamiento histórico de la sociedad. Se restablecería la esclavitud de los negros y en general de los *oscuros,* descendientes de Canaán, hijo de Cam (Génesis 9 24); se prohibiría el aborto y se lapidaría hasta la muerte a las adúlteras, a los homosexuales, a los blasfemos y a los niños rebeldes e indisciplinados. La guerra fría escala los conflictos armadas en medio oriente (tierra santa); la URSS apoya a los islámicos, Estados Unidos a Israel; se desarrolla un sionismo cristiano y paradójicamente antisemita en Estados Unidos. George W. Bush, llevado al poder con el apoyo de grupos cristianos de extrema derecha y bajo el lema de lucha contra el terrorismo, comienza la invasión armada de medio oriente, según la versión popular, en busca de la apropiación de hidrocarburos (abundantes en tierras árabes).

Hasta aquí vamos. Lo que vaya a suceder no está escrito y es difícil saberlo. Pero algo es un hecho: la fe nunca perdió terreno; ni parece un asunto del que nos podamos deslindar. La lectura moderna de los textos sagrados, dice Karen Armstrong, debe ante todo inscribirse en el *principio de caridad* hermenéutico: se debe dar un voto de confianza inicial al otro, antes de cualquier tipo de crítica; pues existe, también, un fundamentalismo secular: la ciencia también puede generar odio. Así que se debe, primero, escuchar.

-o-

##### Los otros II

A finales del siglo XIII, en la España ocupada por los árabes (en Castilla) y a contracorriente del racionalismo y las interpretaciones literales, un grupo de místicos funda el movimiento de la *Kaballah* ("tradición heredada"), volcado completamente hacia la reinterpretación flexible del texto bíblico; la Cábala dará como primer producto el *Zohar* ("Libro del esplendor"): un comentario de la Torah atribuido Moisés de León. La Cábala del Zohar surge inspirada en empates bíblico-neoplatónicos realizados por filósofos judíos del momento. Ellos se habían imaginado (habían interpretado) la creación como consecuencia de diez emanaciones sucesivas del poder de Dios, de las cuales habrían surgido las esferas del universo ptolemaico; *i.e.* utilizaron la astrología (aun indiferenciada de la astronomía) y la idea de *cadena del ser* para establecer una organización jerárquica del universo, por medio de la cual todo lo existente estaría conectado mediante caminos (*Los 13 caminos de la misericordia*) hacia la perfección: hacia Dios. Una idea pseudoevolutiva inaceptable para la ciencia moderna, para la que ninguna teoría evolutiva puede ya constituir una concepción teleológica, *i.e.* de destino o para el caso, de diseño. Pero la Cábala fue coherente con el conocimiento de su época y su producto fue un teoría de interpretación, si no del mundo, sí del texto, que se adelantaría por varios siglos a los logros de la crítica moderna.

Los cabalistas dieron un nombre a la esencia más lejana, más íntima, de Dios: *En Sof* ("sin fin"); el *En Sof* es el despligue pleno de Dios: inabarcable e insondable; no podemos, jamás, conocerlo plenamente pero podemos acercarnos a él y *tocarlo:* conocer alguna de su facetas (la Cábala presenta sueltas pero notables similitudes con la filosofía de Nicolás De Cusa). Se conoce, pues, a Dios a través de sus diez emanaciones en el *Sephiroth*, el "árbol de la vida"; cada nivel del Sephiroth, cada *Sephira*, tenía su nombre representativo de una parte del *En Sof*; los nombres juntos, reordenados de alguna forma desconocida, formaban el nombre de Dios: la frase *"Yo soy Yahvé (YHWH)"* (Éxodo 3:14) solo significa *"Yo soy el que soy"*; por eso Dios comanda a Moisés decirle al faraón que *YO SOY* lo ha enviado. Los cabalistas esperaban encontrar el nombre verdadero de Dios; el Dios que creó a *Adam Kadmon*, el hombre primigenio, a imágen y semejanza del Sephiroth. La base del árbol es el *Malkuth*, "el reino", donde la *Shekhinah* se encuentra desterrada al haber sido robada por el hombre: arrancada del Sephiroth. La reunión de Dios con la Shekhinah es promovida por los cabalistas; la Cábala es un acto *teúrgico*: incide en Dios. Hasta aquí la Cábala puede no parece ser demasiado interesante, o no más que cualquier otro listado de mitos. De hecho, la interpretación superficial del Zohar, impulsada por la *Religión de la Nueva Era* y su Universidad del Alma (fundamentada en la Cábala), dieron origen a lo que el imaginario popular parece entender actualmente por Cábala: un conjunto de remedios y prácticas esotéricas, relacionadas con la numerología, los horóscopos (cartas astrales), el Tarot, la curación con cristales y toda una parafernalia de chamanería añadida; cuya venta de manuales, amuletos, conferencias y cursos por correspondencia, ha resultado ser un negocio redondo, que se sirve de la persistencia de la superstición en un mundo moderno ya no solo desinformado, sino terriblemente mal informado. El Zohar, tristemente, se ha reducido en la imagen popular al *documento clave* para conocer el destino que los extraterrestres (¡de Urano!) tienen planeado para nosotros en el año 2,160 con la llegada de la *Era de Acuario...* Pero esa, la vulgar, no es la Cábala que aquí vamos a visitar.

La Cábala es una reflexión sobre la Torah, bajo la firme convicción de que reflexionar la escritura es una acción sobre el mundo; la práctica judía del exilio es, por antonomasia, leer; la Cábala solo se inscribe notablemente en este hecho. El interés académico moderno en la Cábala, se centra en su valor como valioso ejemplo de los antecedentes medievales de algunos conceptos de la crítica moderna: apertura, texto en movimiento y deconstrucción, todos se encuentran plenamente realizados en la práctica cabalística antigua. Lo primero que posibilita la exégesis, la interpretación abierta del texto sagrado, es la escritura consonántica hebrea. Si los textos griegos ya resultaban difíciles para los estudiosos modernos, debido a que la escritura clásica no contempla espacios ni signos de puntuación, la escritura hebrea tiene el reto adicional y nunca del todo superable de que no incluye vocales. La ambigüedad y con ello la riqueza interpretativa están garantizadas, inicialmente, por esa absoluta necesidad de *recitar* el texto para empezar a entenderlo: la escritura y el habla (tradición oral) hebrea no se subordinan una a la otra; son correlatos: caminos paralelos que permiten al texto surcar, vivamente, de boca en boca, la propia historia de su pueblo. Un ejemplo clave de las consecuencias de esta práctica puede ser el siguiente; dice la Torah: *"No dejarás que su cadáver pase la noche en el árbol [...] porque el colgado es una maldición de Dios (qilelat elohim)";* pero la mishna instruye: no leais *qilelat elohim*, sino *qallat elohim*: "sufrimiento de Dios"; *i.e.* no dejes el cadáver colgado no porque ofenda a Dios el déspota, sino porque es *simpático* ("comparte el sentimiento") con el colgado y la exposición indiferente de la crueldad de que fue objeto, lo lastima; otro ejemplo: el *hesed*, la lealtad que pidió Yahvé a Oseas en lugar de sacrificio, no debía ya ser leído como "lealtad" sino como "amor": la mishnah antes que nada, para ser buena, debería ser amorosa y promover la compasión, nunca la discordia. La Torah, de hecho, fue entregada en dos partes: una escrita y una oral. La realidad y el rumbo de un pueblo, realmente es moldeado por la escritura y el habla: por las palabras; efectivamente, el lenguaje tiene tremendo poder; la Cábala da cuenta de este hecho en forma poética, como sigue: *"La serpiente huye ante las palabras osy osya osy; pero no se diga que esto se debe solo al ruido, ya que si lo escribes la serpiente huirá de la misma manera".* Cábala quiere decir literalmente "tradición", *traditio*: entrega, enseñanza y narración. En esa entrega hay también desapego; existe, sí, una parte legislativa de la entrega: una parte nómica (de *nomos*; *deuteronomio:* "segunda ley") pero eso no es todo, pues se entrega también el comentario (anómico) que debe ser a su vez aprendido, recitado y discutido; esa movilidad posibilita su enriquecimiento sin violentar, destruir, el texto legado. La cábala discurre: hace uso pleno de ese regalo divino, ese *don* (*charisma*, en griego) de la libertad. Pero esa reinterpretación no es arbitraria ni improvisada: la interpretación no se inventa de la nada sino, en palabras de Esther Cohen: *"de utilizar lo que ya existe con imaginación."*

El gran aporte teológico de la Cábala, es concebir a Dios como no solo creador sino *portador* del bien y del mal: un Dios como *todo bondad* no tiene sentido para la Cábala; toda su interpretación parte de un dualismo feroz existente entre todas los cosas; un dualismo que se pretende conciliar (como en la *concidentia oppositorum*, de De Cusa). Dios, para la Cábala, es más que andrógino: Dios es hermafrodita y bisexual; el lado siniestro se representa como un cuerpo de mujer provocativo y sensual: la Shekhinah, lado femenino de Dios y desterrado de su compañía, preso en el Malkuth (el reino) por el pecado (o accidente) original de Eva; la mujer es, en ambos niveles, la desviación: la *herejía* (*hairomai*: "elección"), la posibilidad de enriquecimiento mediante la diferencia. Se nos amplia el mundo, interpretándolo; se interpreta para sobrevivir, como pueblo (de seres) en el exilio. Volver a la tradición es encarar la propia identidad: es conocerse a sí mismo; develar y exponer el subtexto: lo oculto por el tiempo, pero que nos configura; decía James Dean que lo que lo hacía actuar funcionaba como el cine: en la oscuridad; dice el Zohar: *"No existe luz sino en la medida en que esta emerge de la oscuridad*". No hay bien sino como renuncia a lo otro, al mal: no hay *bien* sin *mal* al cual oponerlo; el bien, en verdad, necesita al mal para existir: para ser *bien*; el mérito está en conocer el mal y rechazarlo; la virtud no es un estado de pureza aséptica inamovible e irrealizable: es el mérito de la acción en la elección; es elegir aquello que nos devuelva a todos, incluso a Dios, el *Edén* original: la unidad de los opuestos; la reunión de Dios con su mitad perdida: la Shekhinah. El camino es, desde luego, arduo y difícil: la rutas del Sephiroth son difíciles como un laberinto; el Malkuth, donde habitamos, se encuentra lejos del resto del Sephiroth y el *En Sof*, de cualquier manera, es inabarcable. La actitud por excelencia del exégeta por mishnah parece ser: *"nunca dispuesto a asumir la última palabra";* como en la *divina insatisfacción* del método de actuación de Strasberg: la incompletud como motor inagotable de creación; la satisfacción como el cese de la renovación de la existencia: la concreción absoluta, la seguridad, como la muerte. El lenguaje solo crea más lenguaje, sí, y nos sume más y más en la falta inicial de arrebatar a Dios la palabra creadora; pero ese lenguaje efectivamente forja y mantiene vivo al mundo. Se crea a partir de lo disponible y lo disponible son meros cuadros, *flashbacks*, del pasado; se buscan nuevos caminos, pero mediante el andar sobre las huellas. El exégeta sabe que finalmente todo es imitación del primer gesto creador; que la búsqueda de sentido siempre es a lo más una hipótesis: un aventura. La huella más honda y persistente es la escritura: Dios creo, antes que nada, las veintidós letras del alfabeto hebreo. Empezó con la palabra *bereshit*: "al comienzo"; pero también puede significar *bait roch* ("casa de Dios"), *barah shit* ("creo seis" direcciones del universo) o *be reshit:* "dos comienzos". La creación fue un acto de dos caras; existirá siempre un sentido develado y otro oculto, desconocido. La Cábala se adelanta así 700 años a Wittgenstein, en la idea de la creación del mundo como un proceso lingüístico;

La Cábala es, en todo momento, despliegue de erotismo. Se concibe a la Torah como una bellísima doncella encerrada en una torre, que posee un amante en el exterior que solo ella sabe que existe (el intérprete) y al que apenas se muestra, por pequeñas ventanas, de vez en cuando. La Torah solo se revela completamente a aquellos que la aman; el intérprete debe buscar *penetrar* en la Torah, como el amante busca conquistar a su amada. Se corteja, se seduce, pero el proceso implica a ambos: la Torah le susurra palabras al oído y si el lector es torpe y no responde el juego, será un mal amante y la Torah no se abrirá a él. El lector no puede contentarse con leer sin más, a la letra, lo que le fue entregado; debe hacer *suyo* el texto: debe poner de sí para su desciframiento. La ley de Moisés prohíbe hacerse imágenes de cuanto haya en el cielo, la tierra o las aguas; la Cábala, ante el tabú de la imagen impuesto, reacciona erotizando todo el corpus y el proceso mismo de conocimiento. La lectura literal (que defienden los extremistas cristianos) es solo el primer paso en la comprensión de la Torah. La mishnah del Zohar y de la Cábala se conoce como *PaRDeS*: *Peshat, Remez, Derash* y *Sod,* que de hecho corresponden exactamente con los cuatro niveles de la interpretación exegética medieval cristiana: literal, alegórico, moral y místico. *Pardes* es también el *huerto*, el jardín: el paraíso perdido; en cuyo centro está la rosa de trece pétalos a la que se llega por los trece caminos de la misericordia; *bereshit* es la llave que abre y cierra todas las puertas, pero esa solo la posee Dios: con ella creó el universo. Nosotros solo podemos ir adquiriendo llaves específicas y cada una abrirá solo una puerta: una sola interpretación abrirá solo un posible camino y la interpretación literal es solo el principio. La puerta, el umbral, el puente, son símbolos comunes quizá a todas las culturas; se simboliza no solo el afuera y adentro, el límite, sino el *tránsito*: la vida misma es un tránsito, lleno de peligros, que se surca de un extremo a otro. La Cábala, ya desde entonces, reveló la importancia del metalenguaje para entender un texto: como uno cambia y reconfigura los textos, al abordarlos.

Pero existe aún otra Cábala posterior, más radical en su planteamiento teológico. Para Isaac Luria, Dios no creó un paraíso inicial que se vería sumido en la desgracia por culpa del hombre, al que entonces exiliaría; sino que para los lurianos, creación y caída en el mal son lo mismo: son las dos caras de una misma moneda. Dios ya contiene en sí todo el *En Sof*, el insondable, así que la creación del *Sephiroth* no pudo ser una proyección sino una introyección: Dios se contrae (*Tzimzum*), se aparta de sí mismo, se autoexilia dentro de sí para dar espacio a algo más, para permitir a *algo más* ser. Como si Dios mismo buscara contemplarse: reflejarse de algún modo; como si quisiera ver el rastro que dejaría su ausencia: sus propias huellas; Dios como en la búsqueda de sí mismo y de su propio origen. Así que se contrae: Dios crea no de un soplo (*pneuma, spiritus*), sino conteniendo el aliento; luego, al querer proyectarse en el vacío, despide su luz y energía a través de vasos (*shevirá*) que, no resistiendo la presión, se rompen. Esa fuga, esa total independencia de Dios, engendra el mal; Lilith, la primera mujer de Adán (un personaje demasiado rico y complejo para abordarlo ahora con justicia), es el equivalente posterior y terrenal de este primer error divino: Lilith es el mal porque es lo opuesto a la unidad; es la excepción, la diferencia: es completamente libre. La caída y exilio del hombre son solo un eco de la situación de Dios: Dios es el legítimo responsable del desequilibrio cósmico y es solo entonces que crea a Adam Kadmon, al hombre, para ayudarle a restituirse; la caída del hombre es un eco de la de Dios: ambos deben buscar, hacer, el nuevo camino. La búsqueda del Edén no es una vuelta al inicio, pues ahí nunca existió, sino hacia el futuro. En palabras de Esther Cohen: *"Dios no es sino una interrogación de su propio ser [...] Somos imperfectos, diría Luria, porque Dios lo es".* Lo que deja el *"destino del hombre en las manos del hombre".*

-o-

##### Intersticio

Las Biblias fueron redactadas con léxico y formas correspondientes a cada situación. Nadie puede decir que solo una es la correcta, o que sus palabras tal cual las dijera Dios. Lo importante es el sentido, o mejor, los sentidos que derivan de todo ese bagaje, de toda esa tradición como entrega fluida: ahí comienza la experiencia religiosa, ética o simplemente de aprendizaje: al servirnos de la alegoría (como sucede en el arte escénico: en el foro) para transmitir un mensaje. La cerrazón de la literalidad bíblica es antihistórica y apuntala al encono, en un mundo permanentemente dañado por el fundamentalismo religioso y político.

Podemos ver que las tradiciones judía y cristiana son un fenómeno complejo, múltiple, rico en posibilidades y ante todo, coprotagonista de los clásicos en la conformación de occidente. La religión no es el enemigo a combatir, sino un interlocutor decisivo en la conformación de nuestra historia y sus diversas corrientes de pensamiento. Es un fenómeno fascinante y puede ser tremendamente útil y benéfico, pero no en su faceta de fundamentalismo: de cerrar filas, de imponerse a los otros y de atrincherarse contra el escrutinio. ¿Debe entonces la religión desaparecer de un nuevo orden social? ¿Debe prohibirse, como sucedió en los regímenes comunistas? Por supuesto que no: ninguna visión del mundo debe impedir ser a otra; la agresión debe combatirse; la variedad, la crítica, la discusión y el intercambio, preservarse y protegerse. La postura ante la religión que como ateos, agnósticos o religiosos debiéramos circunscribir, no puede devenir otro fundamentalismo. La historia misma de la que hemos aprendido, es la misma historia de la que somos parte y que vamos conformando. Las religiones aun cambiarán, desaparecerán y aparecerán otras nuevas en su lugar, mientras existan seres humanos. La defensa y la lucha por una sociedad laica que permita la coexistencia plena de todos, debe ser aún el eje que guie nuestra búsqueda. Aquella que constituye quizá lo más rescatable de nuestra efímera existencia: la búsqueda de una vida buena; de un vida digna.

Ningún texto es definitivo: en ese sentido, éste y todos los textos, incluida la Biblia, son textos fallidos; el texto sagrado es, también, un objeto filológico. El proceso de escribir es siempre incompleto y por ello, abierto. Todo está sujeto a nuevas críticas y análisis: la revisión y la corrección, el cambio, son lo único permanente.

-o-

##### Nosotros

Hemos sido cuanto tuvimos que ser. Ahora es el momento de ser nosotros: de poner las cartas sobre la mesa. No somos la suma de lo anterior, pero tampoco estamos completamente separados; somos algo más, algo nuevo, surgido de la sombra de la sombra (de la sombra) de alguien más. Buscábamos un origen y se nos escapó; terminamos como Hércules ante la Hidra de Lerna: tratamos de cortar cabezas y de cada una solo brotaron más y más. El problema nos excedió; la situación, como las otras que angustiaban nuestra vida, nos excedió; terminamos, como al principio, incapaces nuevamente de cumplir nuestro cometido: fallamos. Un fantasma aun recorre el mundo: el fantasma de Dios.

Nos reconocemos, pues, incapaces de alcanzar nuestras metas. Pero aquí viene una posible solución: yo no puedo, pero tal vez la sombra, mi sombra, sí; acudir a la proyección como escape: como fuga de un laberinto sin salida; *yo como otro* para sobrevivir, para seguir. Decía Rimbaud: *yo es otro*; uno solo no puede hacer las cosas, así que se convierte en otros: en los que sea necesario. Peer Gynt buscaba ser él mismo, ser él mismo ante todo y por sobre todos; quería que de buscar en su interior, cualquiera no hallara más que Peer, Peer y más Peer; ser el emperador de Peerépolis, en la tierra de Gyntania: *"¡El emperador de los intérpretes, sobre la base del yo!".* Pero el único lugar que posibilitó tal sueño, tal reinado, fue el manicomio: donde ya nadie entiende a nadie ni se relaciona con nadie; donde se es uno mismo hasta sus últimas consecuencias: *uno mismo hasta no poder más*. Peer descubrió, al final de su vida (cuando peló aquella cebolla), que siempre fue otro: no vivió su vida de hombre, sino una de duende: no conociéndose sino *bastándose* a sí mismo. El hombre, como para Aristóteles, no nace: se hace; el hombre es hombre, es él mismo, cuando se busca y se encuentra *ahí*, afuera; uno no *es* sino *algo* (más): no se existe sino en relación con algo más. Uno solo se construye a partir de lo otro y de los otros; en particular, de ese otro capaz, el que *sí puede* y en quien nos intentamos reflejar claramente, hasta la identidad; volcándonos hacia él, entregándonos a él; ese otro como el *Dios* que nos protege y en quien podemos las cosas: el otro es el Dios en que nos podemos convertir. No es fe en uno mismo ni en nada: no es fe; es asumir una posibilidad que sí se presenta: es tomar el control de nuestro sino *errante*, vagabundo y equívoco. El mundo no cabe en nuestras manos, así que nosotros las introducimos en él para moldearlo: hacemos nosotros mismo un mundo en el que podamos habitar; martillamos la piedra para que no sea solo piedra y devenga algo más, algo nuestro. Para sobrevivir, para seguir, hacemos del mundo y en el mundo, otro mundo a *nuestra* imagen y semejanza.

El mundo nuevo necesita, para empezar, un nombre nuevo; nominar es la primera creación: creamos nombrando. Como la Eva de Mark Twain, que es como Lilith (libre) pero creativa; como Wittgenstein cuyo mundo (*su* mundo), cuyos hechos, no son delmundo sino del puente endeble que nos conecta a través del abismo de fenómenos (*phainomena*: “apariencias”), con *el* mundo: el puente del lenguaje. La conquista del mundo que queremos es, ante todo, la conquista del lenguaje que lo posibilita: que lo hace explícito; que se conforma limitándose, como Dios, para dar espacio a la nueva existencia. Para que el otro *sea* él: el otro que podríamos ser nosotros.

Abrirse auténticamente al mundo, requiere abrir el propio lenguaje. Abrir la palabra**.**

-o-

**Bibliografía:**

Jaeger Werner, 1961, *Cristianismo primitivo y paideia griega*. México. Fondo de cultura económica.

Thiede Carsten Thiede, 2000, *Los rollos del mar muerto y los orígenes judíos del cristianismo. México. Océano*

Armstrong Karen, 2007, *La Biblia: una biografía México. Debate*

Esther Cohen, 1991, *La palabra inconclusa (Ensayos sobre Cábala).Mexico. Instituto de investigaciones filológicas. UNAM*